

MI EXPERIENCIA EN PRISIÓN

Me llamo Ana, soy miembro de la Iglesia Católica, pertenezco a la parroquia, soy catequista de confirmación y ante todo seguidora de Jesús. Me encanta su modo de tratar a los demás, sus sentimientos, su mirada y su misericordia por los que viven en los márgenes. Anteriormente pertenecí a un grupo juvenil y lo mismo que vosotros, tuve la oportunidad de conocer y experimentar a Dios. Luego opté por ser voluntario de pastoral penitenciaria, con la misión de anunciar la Buena Nueva, a los hombres y mujeres vinculados al mundo de la prisión.

Os cuento como empezó mi voluntariado:

Yo participaba en la parroquia de la Magdalena, allí había un sacerdote que empezó a trabajar en la cárcel y cierto día nos dijo que necesitaba ayuda en su tarea con los internos.

La propuesta me incomodó, me desconcertó, alteraba radicalmente la forma de entender mi compromiso cristiano. Sentí temor y rechazo hacia todo este mundo de delincuencia y drogas. Consideraba, como gran parte de la sociedad, incluyendo un buen sector de nuestra iglesia, que una cosa son los pobres de los que habla el evangelio y otra muy distinta, los ladrones, asesinos, camellos, violadores... que se encuentran en las cárceles.

Para mí, los pobres eran aquellos que padecían carencias materiales, culturales o espirituales, como consecuencia de una sociedad injusta. Los presos eran otra cosa. Si estaban presos era porque habían delinquido y eran merecedores de estar en prisión, habían escogido ese camino. Los presos son personas que no tienen el corazón limpio, son peligrosos para la sociedad, tienen necesariamente que ser apartados de ella.

Tras la propuesta pase muchos días de incertidumbre, de intranquilidad, de preocupación tratando de buscar una posible contestación. Me ponía mil y una excusas: falta de tiempo, falta de preparación con este tipo de personas, riesgos para mi familia... Todo esto, fruto de la fuerte desestabilización que me producía la idea de tener que relacionarme con los malos de la sociedad.

Tras una larga reflexión entendí que Dios me invitaba a ir a prisión y yo aceptaría. Mi respuesta fue que si.

Al principio era algo puntual, iba a las celebraciones de Navidad, de Semana Santa y tertulias. Más tarde se nos propuso ampliar nuestra actividad con talleres.

Poco a poco mi relación con ellos empezó a crecer y crecer llegando a ser algo muy importante para mí. Han sido muchas las personas encarceladas con las que me he relacionado en los 16 años que llevo en esta misión. Muchos terminaron su condena y se marcharon. No os puedo asegurar si cambiaron el rumbo de sus vidas, pero si puedo decir que ellos siguen cambiando la mía. Estas personas han ejercido una gran influencia en la forma de ver mi realidad, en mis sentimientos, en lo que hago y digo, en las relaciones con los demás y especialmente en mi relación con Dios. Y es que en la cárcel estoy teniendo verdaderas experiencias de Dios. El se me manifiesta a través del corazón de personas encarceladas. Hablo de como soy testigo de acciones, sentimientos y testimonios de personas encarceladas que a la luz de la fé, solo pueden ser leídas como frutos del Espíritu del Resucitado.

La cárcel es para mí esa Galilea a la que alude Jesús cuando le dice a las mujeres en -mt,28,10-

-No temáis. Id avisad a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán.

Soy consciente del don gratuitamente recibido. Dios me ha puesto en la cárcel y se lo agradezco enormemente. Soy más humana, más afectiva, más acogedora. He aprendido a dejar los juicios en la puerta. A no poner etiquetas. Estoy más abierta a todo. Siento más necesidad de orar y presentarle al Señor los rostros concretos, a los que no sé cómo transmitirle esperanza, rostros que continuamente me cuestionan, me interpelan. Hago una lectura de mi vida y de mi familia distinta a la que antes hacía. Sé que soy un instrumento en las manos de Dios. Me siento regalada por estas vivencias que me enseñan el Evangelio de la Vida.

Actualmente estoy trabajando en el módulo de mujeres. Yo lo llamo "Mis Chicas". En estos años que llevamos juntas, he aprendido a quererlas y siento sus alegrías, sus penas, sus inquietudes, sus miedos y su baja autoestima. Vimos que sería bueno realizar un taller de Autoestima y en ello estamos, haciendo, por su parte, un buen trabajo.

Quiero haceros partícipes de algo de lo que estoy oyendo y viendo.

Las Monjas Trinitarias de Andújar (contemplativas), pertenecen a nuestra "familia de voluntarios de oración" y hace años conectaron con un recluso de Jaén II, condenado a 20 años de prisión. Es indigente, es decir,

nadie desde el exterior le envía absolutamente ninguna asignación económica. Las monjas Trinitarias le escriben cartas y le suministran una ayuda económica pequeña con la que puede sufragar gastos personales como tabaco, un café de vez en cuando y alguna cosilla más.

Hace unos días, recibimos una carta desde el convento en la que nos decían:

“Les mandamos la última carta que nos ha escrito Manolo, porque creemos que merece la pena leerse. Nosotras le decíamos que habíamos decidido en este año en el grupo apadrinar una familia del tercer mundo y que contábamos con él como parte del grupo, ya que le tendríamos que reducir algo la ayuda que le mandábamos a él. Su contestación nos ha impresionado y es por eso que se la mandamos para que también ustedes puedan participar de ella:

“... Bueno, hermanas, de lo que me dicen que este año me va a llegar menos de la ayuda, os digo que gracias porque a mí por ahora no hace falta, pero a

esos niños sí que de verdad lo necesitan más que nadie, ya que, si lo pensáis hermanas, nosotros comemos y tenemos de todo, mientras que ellos no comen, ni duermen, sólo miserias y enfermedades. Ahora sí que vais a hacer una buena obra de caridad, Dios os lo pagará. Me parece muy bonito y muy humano, ¡Ojalá todas las personas pensaran e hicieran lo mismo y no, pensar en uno mismo!

Por favor, no le digáis que un hombre de la cárcel de Jaén que se quita lo suyo, porque yo no me quito nada, ojalá pudiera aportar mi granito de arena, porque, si lo pensamos bien, también podía ser lo mío que les ayudara. Por favor, si teníais pensado de mandarme algo este año, no lo hagáis, darle a esos niños lo que me vais a dar... que ellos nos lo agradecerán más que nadie.

Sin nada más, gracias hermanas por hacerme uno más del grupo, jamás podréis saber la alegría que me habéis dado en mi corazón... Gracias por ayudar a los verdaderos necesitados, con esto soy más hermano que antes”.

Otro testimonio: CARTA DE MARÍA.

Queridos compañeros y compañeras:

Me dirijo a todos vosotros para contar una experiencia más de mi vida.

Hay momentos para todo y ahora es mi momento de abrir mi corazón y decir lo que siento, llevo un tiempo andando sola, refugiada en el miedo ya que me detectaron un cáncer pequeño, pero hoy, ya ha aumentado mucho y necesito quimioterapia y cuidados especiales que la prisión no puede facilitarme.

Mi madre se autolesiona en su mente, preguntándose por qué a su hija, por lo tanto me marchó en libertad con el artículo 84 en las próximas semanas, para poder salvar mi vida.

Os deseo a todos la libertad, pero no tan desagradable como la mía, he sufrido muchos palos duros en esta vida, como fue la pérdida de mi hija y lo superé, a Dios le pido poder superar este.

Doy mis brazos y mis piernas porque Dios me deje mis ojos para ver a mis padres, hijos y marido. Lo estoy pasando muy mal, pero aun así todas las mañanas le doy gracias a Dios por existir un día más.

Gracias a todas las personas de Pastoral, a compañeros que me apoyan y me dan fuerza, a mis amigos Pepe y José Luis, a muchos funcionarios y funcionarias que me han apoyado para estar junto a mi familia.

Cuando salí al hospital a por los desagradables resultados, la doctora no necesitó hablar, sus lágrimas me lo dijeron todo. Yo sé que Dios nos ama y esto es una prueba más para que valore la vida y olvide lo que me llevó a prisión.

Hoy he aprendido que la salud es más importante que la libertad.

Un fuerte abrazo a todos de vuestra compañera María.

Volviendo a mi experiencia os digo que todo esto y más están cambiando mi vida.

Me gustaría terminar con una poesía que escribió un interno, es bastante significativa.

*Si de tu padre siempre encontraste la mano,
si a tu madre nunca buscaste en vano,
si nunca padeciste hambre,
ni la miseria fue tu triste compañera,
¡no tires la primera piedra!*

*Si nunca sufriste la injusticia
de insultos, condenas y malicias,
si nunca fuiste humillado,
ni en soledad, mil veces has llorado,
¡no tires la primera piedra!*

*Si nunca has conocido la locura,
ni estuviste sediento de ternura,
ni buscado en el fondo de un vaso
la forma de olvidarte de un fracaso,
¡no tires la primera piedra!*

*Si nunca has contenido un sollozo
tumbado en el rincón de un calabozo,
si nunca te tuviste que humillar
sin tan siquiera tener derecho a hablar,
¡no tires la primera piedra.*

Esto es todo jóvenes quiero aprovechar la ocasión para animaros, el proyecto de Jesús merece la pena, da sentido a nuestra vida. Un abrazo muy fuerte.

Ana Vega.